

ANA M<sup>a</sup> MOIX

# Lecturas en el balcón en primavera

por Ana M<sup>a</sup> Moix



**D**iríase que, en los últimos años, la primavera va dejando de existir como estación para pasar a ser, simplemente, un súbito y fugaz preámbulo del verano. Antes —hace treinta, treinta y cinco años— la primavera llegaba lenta, y dejaba que el tiempo la transcu-

rriera pausadamente. Era lo que, por naturaleza, ha sido siempre en nuestros climas: una pausa, un alto en el sucederse temporal del año para, atrás los enclaustramientos invernales, darnos un tiempo razonable de habituación para que la conmoción del cambio de vida estival —absolutamente

exterior— resultara menos violento y brutal. Los niños de entonces, los niños urbanos de hace más de treinta años, veíamos llegar la primavera desde el balcón. Porque entonces había balcones; los balcones existían. Quiero decir que se utilizaban como una estancia más de la casa. Y era una es-



JAVIER VÁZQUEZ, EL CORSARIO NEGRO, MADRID: SM, 1990.

tancia frecuentada, sobre todo, por los niños. Los adultos solían salir al balcón, pero sólo eventualmente: a recibir el agradable impacto de la brisa que, se sabía, refrescaba a determinadas horas de las tardes preveraniegas; o a dejar vagar la mirada por los elementos que componían el perdido paisaje de la vida callejera. Pero quienes pasaban largas horas en los balcones eran los niños. Para ellos, el invierno terminaba cuando la vida doméstica emitía señales muy determinadas como la retirada de alfombras y de pesados cortinones, y, sobre todo, cuando se abrían los balcones y salir a leer, o a aislarse, dejaba de ser temeridad a juicio de los adultos.

Ignoro en qué rincón, en qué lugar de la casa, en qué espacio incontaminado de presencias ajenas aunque familiares, se aíslan los niños y adolescentes de hoy. Ignoro si necesitan de esta práctica. Para los de entonces, constituía una necesidad. En estos aislamientos, hurtados a la convivencia, se crecía. Sólo, o casi sólo, se crecía durante esos retiros en los que la soledad era un imperio recién conquistado. Allí se leía, y las lecturas eran distintas de las efectuadas en el interior del habitáculo familiar, o del recinto escolar. Eran lecturas distintas, doblemente distintas: por un lado, a partir de cierta edad, la recién estrenada adolescencia se llevaba al balcón libros de la biblioteca de los adultos, libros no regalados, ni recomendados, ni pedidos, sino simplemente libros elegidos libremente por uno mismo, sólo al confuso e inquietante dictado del eco de algún comentario captado casi al azar; y, por otro lado, esas lecturas se realizaban a solas, completa-

mente a solas, como en los años finales de la infancia y primeros de la adolescencia se imagina uno que se produce el amor, la muerte y el olvido: a solas.

El tiempo era otro en el balcón, se dilatava. Y, entonces, los minutos, las horas eran largas, indolentes, transcurrían sólo acompañadas por las manchas verdes de los árboles, abajo, en la calle, y aquellos ruidos que apenas existen ya. Los ruidos que anunciaban el verano; voces que llegaban aisladas, como de muy lejos, como ejercicios musicales que se repetían para un examen inminente. El tiempo era otro en el balcón, y nosotros también, inmersos en lecturas que nos estaban haciendo por dentro, de una determinada manera. Lecturas en las que se mezclaban Louisa May Alcott y el primer Dostoievski, Bécquer y Rilke, la pequeña Dorrit y los adolescentes de Pavesse, Salgari y Maupassant, la princesa de Éboli y Madame Bovary, Rubén Darío y Manrique, Guillermo y Hamlet... Sí, había primaveras especiales; había primaveras en las que se salía al balcón escondiendo un libro prohibido debajo de la bata escolar y quien lo abandonaba era ya un adulto. El tiempo, repito, era otro en el balcón, y en nosotros, porque lo marcaba el reloj de las lecturas furtivas, lecturas que nos iban haciendo, que iban conformando nuestro modo de ser, de pensar, de sentir. Dentro, en el interior de la casa, quedaban quienes creían estar educándonos, estar atentos a nuestro desarrollo físico y espiritual, estar moldeando un pensamiento, o, lo que es lo mismo, una máquina de creer, de opinar y de juzgar, cuando, en realidad, eran aquellas lecturas furtivas, llevadas a cabo fuera del recinto familiar, las que iban conformando lo que, con el tiempo, sería una persona.

Las lecturas, las verdaderas lecturas, eran las que se realizaban en el balcón, o en cualquier otro espacio ajeno al de los adultos. Aquellas lecturas, algunas de aquellas lecturas,

crecían en nosotros para, con los años, convertirse en un rasgo del propio carácter, en un tono de la propia voz, en un modo de ser lo que somos. ■

## Bibliografía (selección)

- Baladas del dulce Jim*, Barcelona: El Bardo, 1969.  
*Julia*, Barcelona: Seix Barral, 1970.  
*Ese chico pelirrojo a quien veo cada día*, Barcelona: Lumen, 1971.  
*Walter, ¿por qué te fuiste?*, Barcelona: Barral, 1973.  
*A imagen y semejanza*, Barcelona: Lumen, 1985.  
*Las virtudes peligrosas*, Barcelona: Plaza & Janés, 1985.

### Infantil-juvenil

- La maravillosa colina de las edades primitivas*, Barcelona: Lumen, 1976.  
*Mi libro de los... robots*, Barcelona: Bruguera, 1983.  
*Miguelón*, Madrid: Anaya, 1986.  
*La Niebla y otros cuentos*, Madrid: Alfaguara, 1988.

